



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 1.

Valencia 8 de Mayo de 1864.

NÚM. 24.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Gerónimo Flores.—Cantos de un peregrino, poesías de D. José Luis Alfonso, por D. Luis Fabra y Cervera.—Dicha comprada, (continuación) por Doña Joaquina García Balmaseda.—Pompeya: Foro nundinario.—La cara, por D. Jacinto Labaila.—Modas: una representación de Adelina Patti en el teatro Italiano, por Doña María del Pilar Simón de Marco.—Madrigal, (poesía) por D. P. García Cadena.—A una rosa blanca, (poesía) por D. A. Alcalde Valladares.—El ciego de los valles: novela original, por D. Maximino Carrillo de Albornoz.

Láminas. Pompeya: vista del Foro nundinario.—Goblentz, general en jefe del ejército austriaco.—Viage por el país del amor (caricaturas.)

REVISTA DE LA SEMANA.



a prensa periódica, tanto de Madrid como de provincias, ha ocupado sus columnas durante la semana que ha pasado, con largos artículos y bellas composiciones alusivas

á la memorable época del 2 de Mayo.

Nuestra nación tiene un día de luto en cada año, y el pueblo de Madrid, convertido en una familia, rodea el monumento que se eleva en el Prado, dirigiendo sus preces por los que dieron su vida hace cincuenta y seis años, desnudando la espada al grito de independencia y libertad.

Dolorosa página de nuestra historia es la que se nos presenta á la vista en esta época.

Fúnebre aniversario de un memorable día, justo es que todos los españoles sin distinción de partidos, consagren unas cuantas horas al recuerdo de los desgraciados que fueron víctimas de su denuedo, de su heroísmo y de su abnegación.

A su solitario mausoleo se han visto llegar multitud de personas á derramar una lágrima ó á dejar un triste recuerdo; todo un pueblo ha doblado la rodilla ante aquel respetuoso sepulcro, al dirigir los ministros del Señor sus fervientes respuestas.

La función cívica que con este motivo tiene lugar todos los años, ha sido en el presente mas lucida que en ninguno.

El monumento levantado en el Campo de la Lealtad, se ha visto engalanado con multitud de ofrendas colocadas en las urnas y sobre los árboles que rodean las cenizas, descolando dos coronas ofrecidas por la Tertulia progresista y por el Círculo de la unión liberal, recientemente establecido en Madrid.

El ayuntamiento, los generales duque de Tetuan, Serrano, marqués del Duero, Luxán y otras personas notables, acudieron á la celebración de las misas y á las honras fúnebres que tuvieron lugar en la iglesia de San Isidro.

El mensajero del cielo cierne sus alas sobre el espacio, y anuncia su divina misión. «Basta de llanto y de luto. Abandonemos las desgracias que produjo la guerra y concreté-

monos á gozar de la risueña aurora de un porvenir dichoso.

El vecindario de Madrid ha sido espectador de dos diferentes acontecimientos; el uno lo dejamos dicho, el otro es el banquete celebrado por los progresistas en los Campos Elíseos.

El corto espacio de que disponemos, nos impide reseñarlo cual corresponde, pero habiéndose ocupado detenidamente de este suceso toda la prensa, consideramos escusado reproducir los hechos.

Los encantos con que nos brinda nuestro fértil suelo, crecen á medida que los apacibles días se muestran mas serenos, dando el azul del firmamento un tinte especial á sus moradores, que apartados de la política se entregan asiduamente al trabajo y al mayor engrandecimiento de sus especulaciones mercantiles.

Tan solo puede lograrse que salgan de sus habituales costumbres á no ser por alguna de esas magníficas reuniones que de vez en cuando dan á conocer de cuánto es susceptible Valencia.

Los señores condes de Parcent obsequiaron á sus numerosos amigos la noche del 1.º de Mayo con un gran baile del que quedará siempre un recuerdo indeleble.

Sentimos ser los últimos en reseñar esta notable reunión, pero las condiciones de nuestro semanario nos impiden hacerlo tan pronto como hubiéramos deseado.

El lujo y esplendor que se dió á la fiesta es indecible, y pálido cuanto han dicho nuestros apreciables colegas, era preciso haber visto el cuadro encantador que presentaban los lujosísimos salones llenos de preciosas niñas elegantemente vestidas para formarse una idea de lo que siendo realidad, parecía un sueño.

Los dueños de la casa con una amabilidad

encantadora hicieron los honores tratando de estender sus cuidados y su fina conversacion á cuantos convidados tenian reunidos.

A las once empezaron á llegar los concurrentes y poco mas tarde empezó el baile.

Nuestra tarea seria larguísima y de difícil desempeño si fuéramos á reseñar detalladamente el traje de las damas que asistieron, y fuerza será que empleemos la mayor concision.

La dueña de la casa, cuya amabilidad y buen tono nunca alabaremos bastante, lucía un elegante y rico vestido de chiné sembrado de piedras preciosas, siendo su prendido de un notable valor. Su hermana la señora de Giner vestía un traje color granadino, con adornos magenta del mejor gusto.

Las lindas señoritas de la Cerda, de blanco y rosa una, y blanco con amarillo la otra.

Los caprichosos trajes de las señoritas de Lara prestaban nuevo encanto á su natural hermosura.

La elegante Sra. de Llano vestía blanco con aldetas amarillas, que se conocen con el nombre de *postillonne*.

Las de Cárcel con adornos negros y las de Rosales airoas y esbeltas con trajes rosa.

Las de Valero, Antequera, Fuertes, Luque, Gisbert, Ródenas, Pujals y Lafuente realizaban por sus distinguidos tipos y sus vaporosos trajes de blanco.

Las de Aracil de blanco y verde, la de la Rocha blanco y rosa, la de Medina de blanco y azul, la de Santonja rosa y blanco, las de Orellana con trajes de linon azul y de seda con flores, la de Valparda lila y negro, las de Rovira de blanco con motas negras, Aurora García de blanco y azul, las de Mezquida blanco y adornos de flores, la de Bou de color de lila, y la de Royo blanco y rosa.

Las señoras de Llano, Trénor Nieulant, García y Pujals llamaban la atencion por sus riquísimos trajes y sus preciosísimas joyas hacían resaltar mas y mas sus naturales atractivos. La esposa del gobernador civil señor Mondelo, vestía tambien elegante traje de moaré azul con encajes blancos, la de Sevilla de glase lila con prendidos del mejor gusto, la de Alvarez de blanco con adornos negros, la de Belda blanco y verde, la de Aguilar un bonito traje de glase lila, la de Orellana de moaré morado, la de Pueyo de blanco con magníficos encajes, y la de Royo de negro.

A la una de la madrugada la concurrencia habia llegado á su apogeo, y en aquellos verdaderamente régios aposentos, donde la riqueza se desplegaba de una manera deslumbrante, veíanse alternar personas de todas las clases elevadas de la sociedad. Entre ellas recordamos al señor gobernador de la provincia, al capitán general, segundo cabo la Rocha, á varios magistrados de la Audiencia del territorio, jueces de primera instancia, títulos de Castilla, caballeros de las distintas órdenes militares, al alcalde constitucional, los diputados provinciales Sres. Trénor, Leon y Frias, Sales y Bou, y los jefes de los cuerpos de la guarnicion.

A las tres y media se inauguró el buffet y ya despuntaba el alba cuando los convidados se retiraban de aquella mansion difícil de comparar sino á los sueños de *Las mil y una noches*.

Nos complace ver esta animacion en Valencia y que personas tan distinguidas en la buena sociedad como los Sres. condes de Parcent, sean los constantes iniciadores de estas agradables *soirées*.

Dejemos, aunque con sentimiento, estas gratas impresiones, y pasemos á ocupar una de las localidades de nuestro aristocrático coliseo, para oír á la señorita Moro su papel de Gilda en la ópera *Rigoletto*, y disfrutar de su bonita voz y buenas facultades. Dicha ópera fue la destinada por el Sr. Várvaro para su beneficio, y su desempeño fue el mas feliz que hemos conocido.

Tanto el beneficiado como la señorita Moro alcanzaron justos y nutridos aplausos mereciendo al cuarteto final los honores de la repetición, y el Sr. Várvaro el de habérsele obsequiado con una preciosa corona de laurel.

Se cantó una nueva composicion del joven D. Joaquin García, titulada *Una plegaria*: el notable adelanto en que se encuentra este apreciable joven, hace esperar fundadamente que logrará mas triunfos del que ha conseguido la noche del jueves, pues su nueva obra revela mucho sentimiento y originalidad.

Damos la mas completa enhorabuena al Sr. García, y le aconsejamos no abandone su inspiracion y sus estudios para que llegue el dia en que vea premiados sus desvelos, y dé gloria al pais en que ha nacido, y dias de júbilo á sus padres.

GERÓNIMO FLORES.

CANTOS DE UN PEREGRINO.

POESÍAS

DE

D. JOSÉ LUIS ALFONSO.

A la amabilidad de un ilustrado amigo debo el que haya llegado á mis manos un tomo de poesías originales de D. José Luis Alfonso: su autor al darlo á la estampa no ha sido guiado ni por el incentivo del lucro ni por el entusiasmo de la juventud, ha esperado á imprimir su obra en esa edad en la que el fuego del corazon se estingue bajo la fria capa de la experiencia; ha querido dejar un recuerdo á sus amigos y nada mas. Una y otra circunstancia predisponen en favor de dicha obra y á ellas he debido el leerla con interés.

El mismo autor ratifica mis aseveraciones en una especie de prólogo titulado *Dos palabras al lector*, donde se espresa del modo siguiente: «Mas como conservo siempre mi antigua aversion á la notoriedad, y como por otra parte, no considero mis composiciones de importancia tal que puedan llamar la atencion del público; al darlas á la estampa, hago solo una corta edicion de ellas, exclusivamente reservada á mis deudos y amigos.» Y continúa: «Debo tambien advertir á éstos y á cualquiera otro lector que la casualidad me depare, que la notable diferencia que encontrarán en el estilo de mis versos son el resultado natural de la época de transiciones literarias en que he vivido. Las modificaciones que como se ve, han ido igualmente sufriendo mis ideas, se esplican bastante por el largo espacio que abraza esta obra, pues no debe esperarse que un hombre de 40 ó de 50 años, sienta y piense como en su primera edad; y esto, aun prescindiendo del inevitable influjo de las circunstancias en que se escribe.»

Efectivamente, una coleccion de poesías recopilada bajo tales antecedentes, escritas éstas en las diferentes épocas de la vida, inspiradas por el calor de estrañas y pasajeras impresiones y á la vista de los variados espectáculos que presenta la naturaleza en los diversos paises, pudiera muy bien compararse con un estenso jardin donde entre las zarzas se entrelaza la fragante madrevela y donde el verde cesped oculta bajo sus verdes y menudas hojas á la tímida violeta que no por eso deja de exhalar su perfume. Pero en medio de esta variada vegetacion se deja comprender la rica feracidad del terreno bendecido por la mano del Hacedor. Así en medio de las notables diferencias de estilo que se notan en esta coleccion de poesías, efecto de la época de transiciones literarias en que ha vivido su autor, se descubre siempre el sentimiento de lo bello y la llama de inspiracion que Dios mantiene viva en la mente del poeta.

Nuestros lectores habrán podido juzgar anticipadamente de la bondad literaria que

encierran las poesías de D. José Luis Alfonso por la que publicamos en el núm. 15 de EL MUSEO LITERARIO, titulada *Un sueño*, y que forma parte de los *Cantos de un peregrino*.

En tres libros divide el autor su obra; el primero comprende las poesías amatorias, el segundo poesías varias, y el tercero dos romances históricos, terminando con una tradicion alemana y una traduccion de los *Cantos de Selma*, poema de Osian.

Si consideramos al poeta en el primer libro le veremos amante y apasionado, exhalando todas sus composiciones ese sentimiento tierno y delicado nacido de un corazon sensible y que caracterizando al hombre por escelencia le coloca entonces á la altura de la obra mas bella de la creacion.

Para espresar ese sentimiento no se vale el poeta de giros artificiosos ni de frases rebuscadas, se deja llevar de su propia inspiracion, y su forma es fácil y sencilla. De manera que si algun descuido encontramos en algunas de sus poesías, es efecto natural de la misma espontaneidad con que están escritas.

Fijémonos en algunas de sus composiciones y será la mejor confirmacion de nuestro anterior corolario.

Al manifestar sus *Deseos* se espresa del modo siguiente:

En un vecino bosque
Posándome á la sombra,
Oír el dulce arrullo
De cándidas palomas.
Allá en el horizonte,
Y en indecisa forma,
Ver quiero levantarse
Montaña nebulosa,
Do vague el pensamiento
En las estivas horas;
Y bajo la enramada,
Que por mi puerta corra
Arroyo planidero
De cristalinas ondas.

Esta naturalidad y sencillez no puede menos de recordarnos á nuestros clásicos poetas en cuyas fuentes ha bebido su inspiracion Don José Luis Alfonso. Y si queremos tener una prueba mas de este aserto, no tenemos mas que trascibir una de las estrofas de la *Serenata* que dirige á su amada.....

Ven, no temas, caro dueño,
De las ondas la crudeza,
Ni del viento la fiera
A tu pecho dé pavor:
Que así libres y felices,
Y estrechados dulcemente,
Volaremos á occidente
Con las alas del amor.

No puede darse mas galanura en la frase ni mas delicadeza en el pensamiento; y nos convenceremos todavia mas al leer la primera estrofa de su *Cantinelita*.

Si yo fuera ruiñeñor,
Dulce jugo libaria
Saltando de flor en flor:
Amor solo cantaria
Si yo fuera ruiñeñor.

Hasta aquí hemos visto al poeta amante y correspondido, sin sufrir la menor contrariedad en su afecto: oigámosle lamentarse en la ausencia de su amada.

Orillas del Caiguanabo
Canta alegre un ruiñeñor,
Que jamás sufrió el dolor
De ser amante y esclavo,
Separado de su amor.

Y aquí en la márgen del río
Sobre alta peña me siento
A mirar el caudal frio
Que corre triste y sombrío,
Cual corre mi pensamiento.

Esa tristeza, esa dulce melancolía que brota de la lira del poeta hacen que el lector escuche con avidez tan gratas armonías que apoderándose de su corazón, arrastran en pos el pensamiento que vaga triste y sombrío como el del inspirado vate al contemplar el curso del río que se desliza á sus plantas.

Muchas mas bellezas podríamos citar de las que contiene el primer libro de la obra que examinamos, pero como no encierra menos la segunda parte, la recorreremos brevemente para no hacernos pesados á nuestros lectores y puedan al mismo tiempo apreciar la maestría y facilidad con que maneja el Sr. D. José Luis Alfonso todos los géneros de la poesía. En una de sus lindas composiciones, titulada *Melancolía*, supone el poeta una noche opaca y tenebrosa, el rugido del viento que se desencadena en torno suyo aumenta el pavor que infunde tan densa oscuridad, la tempestad avanza por el horizonte, la espesa nube se desata en lluvia, y el relámpago ilumina de vez en cuando aquella escena; si bello es el espectáculo que se presenta á sus ojos, no es menos bella la forma con que lo ha conseguido expresar: oigámosle en sus reflexiones.

¡Oh tempestad sublime! ¡Cuánto, cuánto
Se apace el corazón al contemplarte
En tu furor horrendo!.... Mas, mi gozo
Es ¡ay! el del dolor..... Tal la sonrisa
Se mira á veces en la faz doliente
De una beldad, que en virginal arreo
Y en flor de juventud morir se siente.
Mas no la equivoques; esa es la risa
De la desolación..... También yo río
De ese triste reír, que solo anuncia
Mis crudas ansias y el martirio mío.

¡Con qué verdad está espresado el sentimiento! ¡qué propiedad en los símiles y qué belleza en las imágenes! esto se llama ser verdadero poeta. Pero si triste y melancólico le hemos visto en la elegía, arrogante y lleno de entusiasmo le escuchamos en el himno que dirige á la Italia de 1831.

¡Sois acaso señores del suelo
Donde reina perene verdura,
Donde pródiga quiso natura
Que primero miraseis el sol?
Ni riqueza, ni honor, ni aun la vida
Vuestros son; y los huesos sagrados
De los ínclitos padres amados
Pertenece al fiero opresor.

No es posible que los cantores que han visto la luz primera bajo el hermoso cielo de Italia, espresaran con mayor energía ese sentimiento nacional que se refleja en el himno del Sr. Alfonso. Mas donde éste se eleva á una altura envidiable es en la oda que dedica á la *Grecia* cristiana; toda esta composición es un raudal de poesía, su inspiración no puede aquí compararse con el arroyo que se desliza silencioso, es un torrente que saltando de roca en roca arrolla cuanto encuentra á su paso; sirva de ejemplo la siguiente estrofa:

La victoria inconstante
Que agitó con sus alas la bandera
De la fe verdadera,
Su infiel cuadrada y carro de diamante
Entrega despiadada á los contrarios,
Que en la fiera matanza
Se ceban como tigres sanguinarios,
Rotos y ensangrentados, no vencidos,
Los hijos de la Grecia en cien batallas,
A las fuertes murallas
De Misolonghi corren, decididos
A soportar del cerco los horrores
Y á morir consumidos,
Antes que ser cobardes ó traidores.

No dejaríamos la pluma si tuviésemos que enumerar una á una las bellezas que encierra esta colección de poesías; sin embargo, la corta extensión de un artículo no nos permite entrar en mas detalles. Pero no terminaremos nuestra tarea sin manifestar que sus dos romances *La defensa de Martos*, *Ben-Aysa* y la tradición alemana, no desmerecen de las demás composiciones; pues aparte de las bellísimas descripciones en que abundan, el pensamiento

se halla desarrollado con tal naturalidad y talento que hacen por demás agradable é interesante su lectura.

En cuanto á la traducción de los *Cantos de Selma* con que termina su obra, diremos que aquí es donde se pone de manifiesto la vasta erudición del Sr. D. José Luis Alfonso, y su trabajo puede compararse sin desventaja con los que sobre el mismo asunto han publicado el poeta cubano Sr. Heredia, D. Francisco Iturrondo y otros literatos distinguidos.

Antes de concluir debemos hacer una salvedad. No creemos que la obra del Sr. Alfonso sea una obra perfecta; pues si abunda en bellezas de primer género, tampoco está exenta de lunares, y por eso hemos dicho anteriormente que si algún descuido encontramos en algunas de sus poesías, es efecto natural de la misma espontaneidad con que están escritas.

LUIS FABRA Y CAVERO.

DICHA COMPRADA.

II.

(Continuación.)

Cuántas veces en esas tristes horas en que el espíritu decae y el alma desfallece; en esos días en que el corazón, presa de amargo dolor, se comprime cual si quisiera robarnos el aliento que nos dá la vida; en esos días en que el pensamiento encerrado en estrecho círculo de dolor dá solo cabida á pensamientos tristes, habremos hecho la misma exclamación que D. Rufo.

¡La dicha no existe por igual para todos!

Siempre nos complacemos en aumentar nuestro dolor.

Suspende en nuestros lábios la sonrisa la vista de un espectáculo triste, y al punto nuestra mente recuerda cien ejemplos dolorosos y nuestro espíritu se abate como si nuestros ojos vieran por doquiera solo desdichas.

Arranca á nuestros ojos una lágrima, un desengaño de amistad ó cariño, y parece que la alegría huye para siempre de nuestro corazón, que la naturaleza nos niega sus encantos, la humanidad sus consuelos, y hasta el Ser Supremo su visible protección.

¡Tal es nuestra condición mezquina!

En vez de buscar consuelo al dolor, no perdonamos medio de agravarle; en vez de procurar el remedio que la Providencia coloca siempre al lado del mal, desconfiamos de ella y corremos en pos de nuevas desdichas: ¿quién no ha desoído la voz de la razón cuando era víctima de un dolor violento lanzando acaso la exclamación impía de D. Rufo?

¡Si se comprase la dicha!

¡Ay! Si en alguna otra ocasión el alma misma que tal exclamación lanzase, se tomara el trabajo de averiguar el origen de la alegría que experimenta, comprendería á qué poco precio se compra el bien que llamamos dicha.

Entonces apreciaría la sabiduría del Eterno que supo crear junto á las plantas venenosas yerbas que dan la salud, y al lado del jaramago, pintadas flores, dándonos inteligencia para que las distingamos y busquemos.

¡Feliz el que encuentra en sí mismo valor y fortaleza para ir poco á poco apartando el jaramago y cogiendo las flores con que Dios sembrara su camino! Si en su precipitada marcha confunde todas las plantas hollándolas bajo su pie, suya será la culpa de que su ambiente carezca de perfumes, y no recreen su vista los matices de las flores.

III.

A las pocas noches estábamos todos como de costumbre, reunidos en casa del alcalde, y muy preocupados con un suceso acaecido en el pueblo aquel mismo día.

—¡Infeliz! exclamaba la compasiva mujer de D. Antonio.

—¿Pero cómo le dieron con tal precipitación la noticia?

—Por ignorancia, por aturdimiento: al ver á Pedro tendido en el campo, víctima de mano alevosa, no reflexionaron que su mujer, que el día antes había dado á luz una niña, no podría resistir la noticia de su desgracia, y en efecto, hace media hora que yo salí de allí y no había esperanza de salvarla.

—¡Pobre esposa!

—¡Pobre madre!

—¿Y la niña?

—La niña,—continuó el alcalde,—se ha hecho cargo de ella una vecina que está criando y la alimentará en tanto que se la envía á la inclusa, si Dios, como es creíble, la priva de su madre.

—¡A la inclusa!—esclamaron algunas mujeres.

—¡Pobre María!—añadió Rosa.

—¿Y la mandareis á la inclusa?—continuó indignada la mujer del alcalde.

—¿Y qué hemos de hacer, hija mía! Hoy ha sido uno de tantos días en que el cargo que desempeño hace asomar las lágrimas á mis ojos. De buena gana recogería á la pobre recién nacida, pero tengo dos hijas, pocos bienes de fortuna; y habré de ser para ese angelito alcalde sin corazón.

—¡A la inclusa! Mas valía que Dios se la llevara también.

—Hé ahí lo que yo decía la otra noche,—esclamó con amargura el señor regordete á quien llamaron D. Rufo;—esa pobre niña que apenas viene al mundo pierde á su padre y á su madre, que tendrá que deber á la caridad el pan que coma, ¿cómo podrá encontrar la dicha aunque la busque con afán? Vivirá siempre sola, sin padres, sin familia...

—¡Ay! Sr. D. Rufo, no es siempre la familia la que dá la dicha,—esclamó con su tono áspero Doña Gila,—si Dios la dejara bienes de fortuna...

—¿Qué había de hacer con ellos á su edad? ¡Su padre hubiera sido la mejor fortuna para ella!

—Por el contrario,—dijo Rosa con naturalidad;—yo creo que su madre será el mejor tesoro que Dios puede dejarle todavía.

—Cierto, cierto;—esclamamos todos á tiempo que entró un mozo con aire cabizbajo, y dijo al alcalde:

—D. Antonio, vengo á decirle á V. de parte del señor cura, que vaya á casa de la Isidora á hacerse cargo de lo que hay allí, porque ella acababa de reunirse con su marido en el cielo.

Un silencio general acogió estas palabras: el alcalde tomó su sombrero y su bastón y salió con el emisario mientras D. Rufo decía:

—¡Pobre huérfana!

Y Doña Gila:

—¡Pobre del que no es rico!

IV.

Todos aguardábamos melancólicos la vuelta del dueño de la casa, que se verificó bastante adelantada la noche.

—¿Qué hay?—esclamamos al verle aparecer.

—Lo que había: que los dos esposos están en el otro mundo y la huérfana confiada por su madre moribunda á la clemencia de Dios.

—¡Cómo!

—Pocos momentos antes de morir, la moribunda, dicen que pronunció estas palabras: «Velad, Dios mío, por mi pobre hija.»

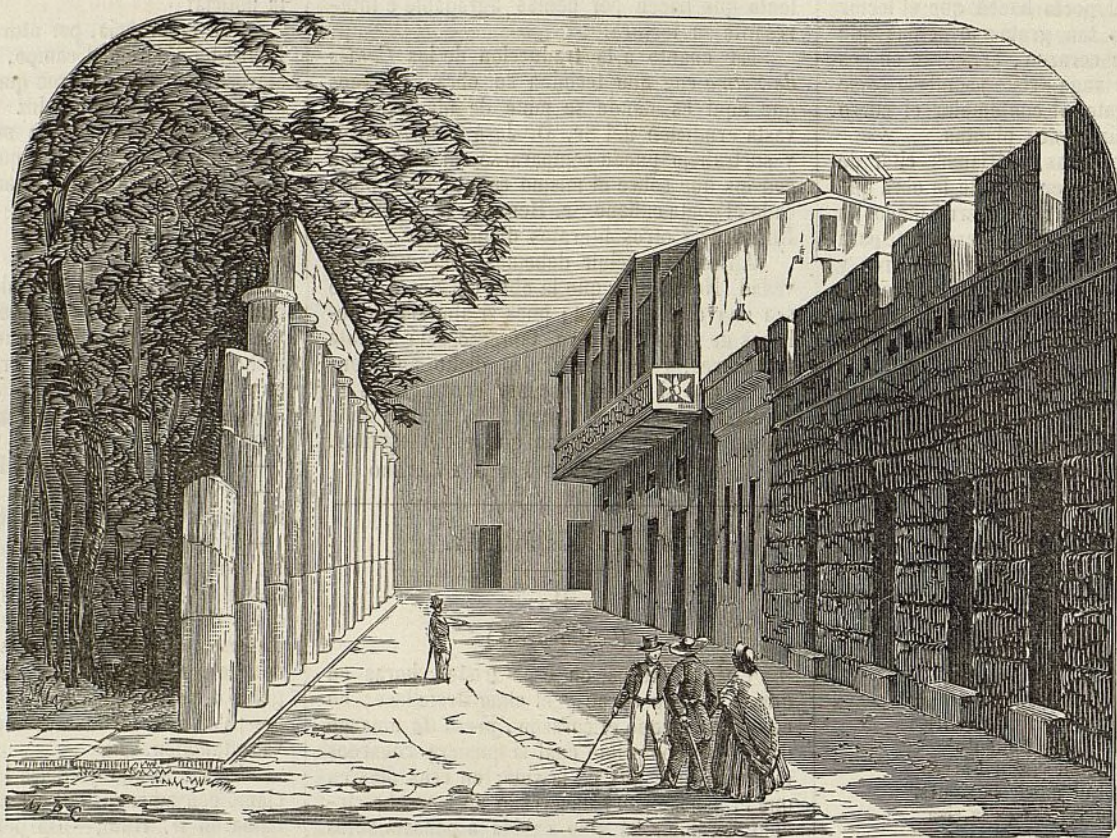
—Dios la habrá oído,—dijo entonces la mujer de D. Antonio enjugando sus lágrimas;—porque Isidora fue siempre buena hija.

—¡Y buena esposa!

—¡Y buena madre!

—Dios recompensará en su hija sus virtudes! —Y á donde vaya esa niña llevará la felicidad.

Estas exclamaciones fueron simultáneas, y después de un momento de pausa, nos despe-



POMPEYA : VISTA DEL FORO NUNDINARIO.

díamos todos, cuando una de las señoras que allí había exclamó:

—Buenas noches D. Antonio y busque V. padre á esa huérfana.

—¡Yo señores! —repuso el alcalde sonriendo.

—Nadie como V. está en el deber de hacerlo —añadió D. Rufo con jovialidad: ¡es V. el alcalde!

—¿Sí? Pues mañana prometo á V. habérsele buscado;—continuó despues de un momento de reflexion el alcalde.

Todos celebramos el proyecto y á la noche siguiente dijo D. Rufo:

—¿Ha buscado V. padre á la criatura?

—Sí por cierto;—replicó con acento firme el alcalde.

—¿Y quién se encarga de tan buena obra?

—¿Quién servirá de padre á un huérfano?

—¿Quién enjugará las lágrimas de un ángel?

—¿Y merecerá la bendicion de Dios?—preguntamos con anhelo.

—Una persona que es desgraciada, porque con toda su fortuna no puede comprar el cariño de una familia,—dijo D. Antonio:—una persona que blasfema de la vida, porque no tiene á su lado un ángel que se la embellezca: nuestro amigo D. Rufo.

Todos fijamos en él la vista con sorpresa, mientras D. Rufo, saltando casi del asiento, exclamó:

—¿Yo? ¿Yo que no me he casado por no sufrir las impertinencias de una muger y los lloriqueos de un chiquillo? ¡V. tiene sin duda gana de broma! —replicó un tanto amostazado.

—No, en verdad; pero despues de meditarlo mucho, me he convencido de que solo V. puede en el pueblo hacer esa obra de caridad. V. que no tiene familia....

—Porque no la he querido.

—Y que es rico...

—A nadie le importa.

—V. que no es feliz....

—Por lo mismo, no puedo hacer feliz á otro.

—¿Conque es decir que V. se aventuró á preguntar á la alcaldesa?...

—Nunca, nunca;—contestó secamente Don Rufo.

Nadie se atrevió á replicar, y solo Rosa, la hermosa niña que ya conocen nuestros lectores, exclamó:

—¿Conque irá á la inclusa?

—Hija mia, he hecho cuanto ha estado en mi mano para impedirlo.

—¡Infeliz?

—¡Angelito!

—¿Y entre todos, la dejan Vds. salir del pueblo?—insistió la joven.

Un silencio general acogió estas palabras.

—Pues bien,—continuó Rosa con un arranque generoso;—yo la recogeré.

—¡Tú!—esclamaron todos los circunstantes.

—¿Qué estás hablando?—esclamó fuera de sí su madrastra.

—¿Eres tú rica, acaso, para encargarte?

—Trabajaré, y Dios nos protegerá á las dos.

—No hagan Vds. caso de esta chiquilla;—esclamaba con su voz áspera Doña Gila;—no sabe lo que se dice: es una loca!

—Sí, sí; es una loca,—repitió su padre, eco siempre de las palabras de su muger.

D. Antonio, dominando la situación, exclamó pausadamente.

—Tú, hija mia, no puedes encargarte del cuidado de esa niña, porque tiene necesidades que no puedes satisfacer: tú no puedes pagar una nodriza; pero Dios recompensará desde su altura tu noble resolucion, por mas que no la realices.

Con esto acabó la conversacion, y todos salimos sin el orden que acostumbrábamos, murmurando unos:

—¡Vaya á la inclusa!

Y otros:

—¡Pobre espórita!

D. Rufo fue el único que, como si el sacrificio que de él se exigía le hubiese anonadado, guardaba profundo silencio; pero sus vagas miradas, su abatido semblante, demostraban que su alma no estaba tranquila, y su mente participaba de la preocupacion general.

(Se continuará.)

JOAQUINA GARCÍA BALMASEDA.

POMPEYA.

Foro nundinario.

Desde el anfiteatro se pasaba al cuartel de los soldados; ó *Foro nundinario*. La primera de estas dos denominaciones le fue dada porque al hacerse las escavaciones se encontraron diversos esqueletos y armas, de lo cual podia inferirse que habia el local servido para puesto de soldados. Segun otras conjeturas, no podia menos de inferirse que habia servido de mercado público, ó por lo menos que allí se celebraba un mercado cada nueve días, por lo cual se le aplicó la palabra *nundinarium*.

Era este edificio un ancho pórtico formado por 74 columnas dóricas sin base: 42 cámaras ó tiendas tenian sus puertas bajo este pórtico. En una se encontró un depósito de jabon; en otra un molino á brazo de muy ingenioso mecanismo; en otra una cantidad de adornos de oro para muger, y en otros puntos cajas de madera llenas de piezas de tela, de galones de oro, de pedazos de bronce dorado, y finalmente, un enorme monton de monedas de bronce.

En una habitacion inmediata habia un departamento donde se encontraron los cepos con que aseguraban á los presos. Esta es sin duda la prision de que habla Vitrubio. Los cepos ó grillos se encuentran actualmente en poder del Museo Real. Otro departamento inmediato mas cómodo serviría probablemente para el Centurion ó Jefe militar de aquel puesto: allí se encontraron los esqueletos de varios esclavos, y en la parte exterior los huesos de un caballo, cerca del cual se veian pedazos de vestidos ó de telas que sus dueños tratarían tal vez de salvar durante la catástrofe. Halláronse tambien tres tazas de plata, y cerca de un pozo inmediato un singular instrumento que figuraba una trompeta de cobre con seis flautas de marfil que pueden verse en el Museo en la coleccion de bronce pequeños.

En todos los aposentos altos se encontraron esqueletos cuyo número llegaba á 63. ¿Pertenecerían á soldados que no quisieron aban-

donar su puesto y perecieron víctimas de la disciplina militar?

Mas la circunstancia de haberse encontrado en aquel recinto una porcion de piezas de armadura, como cascos, óreas y brazaletes muy pesados y mas á propósito para una parada ó dar vigor á la musculatura que para las funciones del servicio, hace presumir que aquel local estaba destinado á ejercicios gimnásticos.

Los dibujos que se veían trazados con un punzon en el revoque de las columnas representando guerreros que no tienen armados mas que el brazo y la pierna derecha; la inscripción XX VALERIO, aquel espacio rectangular rodeado de una galeria, y las preocupaciones que se veían tomadas para que las aguas no des-nivelaran la arena del piso, parece que contribuyen á confirmar esa opinion.

El ingeniero La Vega consiguió restaurar perfectamente hasta en sus menores detalles algunas de aquellas cámaras, así como la segunda galeria cubierta, parte de la cual fue restablecida con emplomaduras y restos de vigas que indicaban su primitiva situacion.

En la columna novena del lado de Oriente se encuentra la siguiente inscripción que hasta ahora ha atormentado en vano la sagacidad de los arqueólogos:

VIII RAL. FEB. II. III. V. TABULAS
POSITAS.
IN MUSCARIO CCC. VII. SS. CCCC. XXX.

LA CARA.

Desde que vi la obra de Lavater, *Arte de conocer á los hombres por medio de la fisonomía*, dije para mi capote: ó su autor es cándido como un pastor de la Arcadia ó, si no lo es, hemos tropezado con un arte mas.

¿Es posible que la cara humana sea un arte, y por consiguiente que esté sujeta á reglas y preceptos?

¿Es posible que porque la nariz esté mas ó menos levantada por su remate, el hombre sea mas ó menos sensual, y porque el ángulo facial esté mas ó menos abierto, el hombre haya sido dotado en mayor ó menor grado de inteligencia?

¿Puede esto probarse de modo que convenza el ánimo? ¿Es esto racional y sério?

Lo único que pueden descubrir y penetrar en el semblante humano, tanto los escritores encomiásticos del arte de la fisonomía como los mas ignorantes patanes, es que, cuando el hombre vierte lágrimas, está agitado por el dolor y que, cuando despliega sus lábios movidos por la risa, descubre la alegría de su espíritu: los signos exteriores, universales é infalibles, que están al alcance del sábio y del idiota, son los únicos que pueden leerse en la fisonomía; querer leer mas allá, es querer penetrar en lo impenetrable.

Y si la cara fuese *el espejo del alma*, como han supuesto algunos, Lavater y sus partidarios se equivocarían menos veces; pero hoy que, si la cara fue espejo, con el transcurso de los años ha perdido el azogue y no refleja ya la imagen del corazón ni aun la del pensamiento, es imposible leer la verdad al través de la fisonomía.

¿Qué duda cabe de que la cara es ya careta? ¿Qué duda cabe de que el rostro no es un espejo, sino una cortina mas ó menos densa?

Estamos ilustrados hasta el punto de hacer que nuestra fisonomía espese lo que mas nos



GOBLENZ, GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO AUSTRIACO.

conviene; que vengan á leer en ella Lavater y sus secuaces nuestros sentimientos y nuestras ideas: somos actores consumados, no solo poseemos la entonacion conveniente para nuestros fines, sino la espresion del semblante mas en armonía con nuestras aspiraciones.

Desde que en la escena del mundo, merced á la diplomacia y á otras ciencias modernas de aplicacion práctica, sobresalen cómicos tan perfectos, van escaseando los actores de mérito en la escena del teatro; esto es sin duda porque los encontramos inferiores á nuestros cómicos de salon.

¿Quién dijera al malogrado Figaro, que desde su muerte acá progresaríamos tanto en esto de la farsa, que la anécdota inventada por su genio cáustico, de cierto alcalde que mandó *hacer entusiasmo* en cierta poblacion, habria de convertirse en hecho vivo y patente! ¿Quién le dijera que seria hoy muy comun la existencia de farsantes *facedores de entusiasmo*, de *cariño*, de *admiracion* y de un sinnúmero de cosas mas!

La fisonomía cambia hoy de aspecto con tanta facilidad, como los camaleones de color, como los políticos de ideas, como los hombres de muger.

La constancia ya no nos molesta para nada, y el hombre de esta época es una mariposa que ya no sabe sobre qué flores se ha de posar un momento.

En materia de caras, estoy por las de las mugeres hermosas: éstas son las verdaderamente *caras*, en todas las acepciones de la palabra. *Caras*, porque son la nata y flor de las fisonomías humanas; *caras*, porque son las mas queridas; y *caras*, porque cuestan lágrimas, suspiros y doblones.

La muger siempre ha dominado: aun atarazada con los hierros de la esclavitud, como en los primitivos tiempos, sabia abrirse paso hasta el corazón del hombre y le sojuzgaba; esclava al parecer, era señora: cuando el cristianismo vino á decir al hombre la muger es tu compañera, tu igual, no tu sierva, siguió dominando como antes, pero sin los gri-

llos de su servidumbre física: pues bien, el imperio de la muger nace de su cara.

Una fisonomía hermosa es un trono asentado sobre brillantes cimientos; trono que existe mientras la belleza irradia en las animadas facciones, pero trono que se hunde cuando las arrugas, cuando las canas, cuando los años vienen á destruir la aureola de la hermosura de su soberana.

Imperio menos frágil, trono menos perecedero ocupa la muger que domina por la ternura de su corazón; pero su reinado es menos brillante, su influencia menos fastuosa, su soberanía menos popular.

Desde que el mundo es mundo, las caras hermosas del sexo femenino han hecho cometer á los hombres las mayores locuras, los mas grandes absurdos, las mas insignes extravagancias; por la cara de Florinda se apoderaron los árabes de España durante siete siglos, por la cara de Cleopatra perdió Marco Antonio en Actio el imperio del mundo.

Nada tiene el poder irresistible de una fisonomía hermosa: el corazón, que tanto puede, puede menos que la cara.

El oro, dios de la época, se inclina arrodillándose ante la soberanía de unas facciones correctas.

La cara es el mejor adorno del cuerpo humano: nadie carece de ella y, á pesar de la prodigalidad con que en el mundo se multiplican las fisonomías, no es posible encontrar dos iguales, difícilísimo encontrar dos parecidas; lo mas que tienen unas de otras es el *aire*.

Digno es de admiracion ver marcado en todos los semblantes el *aire* ya de familia, ya de ciudad, ya de nacion, ya de raza, que á primera vista se conoce y que, esto no obstante, sean todas las caras desemejantes, distintas, sin parecido alguno. Un alemán se diferencia de un español, un inglés de un francés, un ruso de un americano: todas las naciones tienen fisonomía distinta, pero cada una de ellas conserva su sello particular, y á pesar de esto, en cada una de las naciones las caras son diferentes; fenómeno en el que se ve la omnipotencia de Dios y que no admiramos bastante, sin duda por la frecuencia con que se presenta á nuestra vista.

Todos tenemos cara, y algunos no tienen otra cosa; hay hombres vacíos que no pueden contar mas que con su exterior, parecidos á esas encuadernaciones magníficas que cubren á veces obras llenas de desatinos.

Mugeres hay que con el único patrimonio de su cara, especulan con ella, con ella medran, por ella hacen la gran jugada del matrimonio, por ella tambien muchas veces corren al abismo de su perdicion.

La cara hermosa en la muger, es sustituta con frecuencia del talento, unas veces con su realce oculta la falta de ternura de la poseedora, otras veces la sirve para dispensarla de la amabilidad, ya parece como que cohonestá algunos arranques de coquetismo, ya... ¿quién es capaz de enumerar para lo que sirve una cara divina!

Los hombres de hoy suelen preferir en la muger la cara al corazón; como los artistas de la antigua Grecia, son idólatras de la forma.

No participo de esta opinion muy generalizada, porque la encuentro absurda: cuando el sentimiento, la imaginacion ó el alma no se ocultan detrás del forro de un simpático semblante femenino, ¿qué encontráis en la muger de estable, de consistente? ¿qué mérito veis en ella?

Una belleza fugitiva que se evapora ante los ojos acostumbrados á contemplarla, con un perfume, que pierde su aroma para el que lo aspira con frecuencia.

La muger, además de la fisonomía, ha de poseer algo de ideal; el ingenio, la ternura ó la espresion; sin estas cualidades, inspirará deseos y caprichos, pero nunca pasiones.

Hay mugeres que no tienen mas que cara; creo que es lo menos que pueden tener, pero creo sin embargo que tienen mucho mas que los hombres que no tienen mas que eso.

Hay hombres que no solo tienen cara, sino que tienen dos caras; esto, que físicamente seria considerado como un fenómeno, moralmente va siendo cada dia mas comun.

Despues de las fisonomías de las mugeres hermosas, las caras que mas halagan á los hombres son las de los bustos de los soberanos de Europa acuñados en plata ú oro.

No hay caras mas manoseadas que las de los reyes, bajo este punto de vista: lo mismo pasan por las manos sucias del carbonero, que por las manos diáfnas de la aristocrática señora.

El dinero, que es lo que separa las clases sociales, el que hace ricos y pobres, es sin embargo el primer demócrata del universo; aborrece los privilegios y se entrega con el mismo valor al pordiosero que al prócer.

Los partidarios de la democracia, que odian la monarquía, buscan su cara estampada en monedas de toda clase de metal, sin duda por ser consecuentes con sus ideas; ellos participan de la ley social y universal que nos iguala á todos impulsándonos á amar al dinero.

Este amor es la verdadera fraternidad del género humano.

Cuando en España dominaba la cara del emperador Carlos I, el oro de Méjico y del Perú llenaba las arcas de la nacion; éramos muy ricos: hoy no tenemos tanto dinero, somos mucho mas pobres, pero en cambio somos mas libres; la libertad es cara si se atiende á lo que cuesta, pero es barata si se atiende á lo que vale.

Los gobiernos representativos nos han descubierto la cara risueña de la libertad; merced al progreso ya se ha tapado la cara ceñuda del despotismo.

Cara por cara, mas vale la de hoy que la de ayer.

JACINTO LABAILA.

MODAS (1).

Una representacion de Adelina Patti en el teatro Italiano.

París 23 de Abril de 1864.

Para ver, no menos que para oír, á esa graciosa y simpática jóven que hace poco ha encantado nuestros oídos en el teatro Real de Madrid, lectoras mías, se reúne la alta sociedad parisiense en el teatro imperial Italiano cada noche que aparece en él.

Así fué, en efecto: á las ocho entraba en mi palco, y lo mismo yo que las personas que me acompañaban, experimentamos una viva admiracion producida por dos causas muy diversas: la pequeñez del local y la suntuosidad de los trages que lucian las señoras.

Vosotras, lectoras mías, os habreis dicho que el teatro de los Italianos, tan nombrado en todas las novelas que hemos leído, cuya accion pasa en París; centro, segun nos dicen los autores franceses, de tantas aventuras, debe ser grandioso, magnífico, ¿no es verdad? Pues na-

da de eso: es pequeño, acaso mas que nuestro teatro del Principe, bastante ahogado, y tal vez por necesidad los palcos se hallan como encajonados y no pueden dar cabida mas que á dos ó tres personas, y para eso han de colocarse una detrás de otra, cuya circunstancia conspira contra el conveniente lucimiento de las señoras.

Como entiendo poco de arquitectura, y mi objeto aquí es hablaros de lindos trages y prendidos, os remito para la descripcion del local á una guia de París y continúo mi agradable trabajo.

La funcion prometia ser deliciosa y realmente lo fué: los carteles anunciaban un acto de *D. Pascuale*, otro de *D. Giovanni*, el primero de la *Traviata* y un duo de *L'Elixir d'amore*: es decir, toda música de gracia, dulce y llena de coquetería, que es como si dijéramos el género *Patti*. Adelina estuvo encantadora, y empearé la descripcion de *toilettes* por las cuatro que le ví: dos pueden servirlos para recepcion y *soirée*; y las otras dos guardadlas en la memoria para cuando asistais á un baile de trages.

Bajo la linda forma de Norina (*D. Pascuale*) salió ataviada con un gracioso vestido de poco precio y mucho gusto; era de tafetan á rayitas menudas, blanco y rosa: la falda estaba guarnecida por delante por un volante encajonado pequeño: desde la cintura bajaban por detrás dos anchas bandas rosa de glasé, guarnecidas de blonda blanca, que formaban una cola muy larga: el cuerpo era alto y tenia la espalda rosa, y el pecho, que estaba abierto, en forma de corazon, como el delantero de la falda, es decir, de rayitas; la manga de codo, de glasé rosa, con hombrera de blonda blanca, lo mismo que las solapas que guarnecian la abertura del pecho: era completamente medio vestido de color claro y otro medio de color de rosa subido.

En el papel de Zerlina (*D. Giovanni*) llevaba falda de glasé blanco con lazos color de fuego: sobre-falda de raso color de fuego con dos franjas de felpilla negra y corpiño de glasé blanco con chaleco de raso del mismo color de la sobre-falda y hombreras de felpilla: en el cabello lucia dos dalias, blanca la una y la otra roja: el collar era de zequíes de oro.

Para representar á Violetta (*Traviata*) salió con un precioso traje de raso blanco, de larga cola, con lazos en el pecho y hombros de terciopelo grana, prendidos con broches de brillantes en el cabello, diadema de terciopelo grana con estrellas de brillantes.

En fin, en el papel de *L'Elixir d'amore* me pareció la mas adorable criatura que se puede imaginar, con una falda de raso blanco y sobre ésta otra mas corta de raso rosa, guarnecida de terciopelos negros: una chaqueta de terciopelo verde, bordada de plata, dejaba ver un peto de raso blanco y una cruz de brillantes pendiente de una cinta de terciopelo negro que adornaba su pecho; una gorrita de encaje blanco y cintas de color de fuego adornaba su cabeza pequeñita y chispeante de inteligencia.

Adelina Patti estaba así tan bonita, tan ligera, que parecia deslizarse mas bien que andar, sobre sus piés enanos calzados de seda blanca y raso negro, y ostentaba en toda su plenitud esa gracia de ave, propia de las jóvenes de escasa estatura y que jamás lograrán alcanzar las mugeres altas; Adelina Patti, si es verdad que no puede representar matronas, es en cambio la personificación de la idealidad, del sentimiento y de la dulce y casta ternura.

Cantó con ella el barítono Delle-Sedie, á quien aun no hemos oído en el teatro Real, quizá por el temor que el público madrileño inspira al artista: sin embargo, este es de lo mas notable que existe hoy en el mundo musical: la acompañó tambien el bajo Scalese, que hizo el papel de Dulcámara en el último duo y hubo para los tres gran cosecha de aplausos: el tenor Bettini, que tomó parte en la *Traviata* y

en *Don Pascuale*, parece haber perdido bastante en voz y hasta en figura.

Pasemos ahora á hablar de algunos trages que se ostentaban en el fondo de los palcos y de los sillones principales.

Ví uno de raso verde claro, formando túnica sobre otro de tul blanco enteramente cubierto de bullones pequeñitos: el cuerpo era de punta y escesivamente escotado: las mangas formadas por un bullon de raso y otro de tul muy pequeñas: este traje le llevaba una jóven rubia y le completaba una corona de rosas blancas, follaje y brillantes.

Otro que me pareció muy bonito, de crespón lila, sobre otro de raso de igual color: el de crespón tenia dos faldas y estaban recogidas á los lados con ramas de lilas y follaje verde: el aderezo era de perlas finas y gruesas de gran valor.

Otro de crespón blanco, adornado en la costura de cada paño por guirnalda de rosas: el prendido era igualmente de rosas.

Otro de gasa á rayas escocesas, blancas, rosa y verdes, sobre-falda de tafetan blanco y enteramente liso, lo que era de un efecto muy lindo por la sencillez: en el peinado, lazos de cinta escocesa con largas caídas.

Ví tambien muchos vestidos blancos en las jovencitas, de tul, ó de muselina-linon, adornados de flores, de cintas y gasa de diversos matices, repartida graciosamente en bullones ó bandas.

En un mismo palco y al lado de una dama vestida de encaje blanco y negro y casi cubierta de brillantes, habia otras dos, ataviada la una con una túnica de gasa rosa sobre glasé del mismo color y la otra con traje de tul blanco sobre otro de raso celeste.

Despues de esos trages, es justo mencionar otros muchos mas modestos, pero no menos lindos, como de foulard en dibujos pequeñitos y colores claros, tafetanes de la india, muselinas á grandes ramos y granadinas de seda de gran primor y frescura; las jóvenes llevaban casi todas vestidos lisos con largas cinturas flotantes: las hechuras invariablemente escotadas y de dos petos, largas colas en las faldas y el vuelo bastante moderado, aunque las crinolinias siguen su carrera triunfal en los salones.

Mientras por la gran concurrencia nos hallamos detenidas en el peristilo, vi á las señoras que esperaban sus carruages abrigadas con albornoces morunos rojos ó blancos con rayas de oro y de plata: en la cabeza todas llevaban pequeñas mantillas de yak ó encaje de lana blanca.

Fáltame deciros, queridas lectoras, que en París, para ir vestidas las señoras llevan el cabello casi suelto: por todas partes se ven rizos flotantes, gruesos bucles, castañas prolongadas y las inglesas dan en esto el ejemplo, pues se las vé por las calles de esta inmensa y magnífica capital ostentando, casi destrenzadas, sus rubias cabelleras bajo sus gorras ó pequeños sombreritos adornados de plumas.

Preciso es confesar que los vestidos padecen mucho con esto, pues por limpio que esté el cabello, siempre mancha: en cambio, las francesas, han recogido las largas colas con las que nosotras barremos las calles de Madrid, de una manera muy elegante, pero muy en contra de la limpieza que debe resplandecer en la muger: esta moda es además muy cara para las señoras de fortuna mediana, que no pueden gastar carruaje, pues sabido es que cada dos posturas hay que recortar el vestido, que se rompe de un modo lastimoso.

Las señoras francesas han tenido el talento de evitar este inconveniente por un medio que ya usais muchas de vosotras en el campo y en los baños: llevan bonitas faldas de color, largas casi hasta el suelo, y coquetamente adornadas; y sobre estas, la falda del traje—que podrá ser tan larga como se quiera—recogida en pabellones: para las señoras que no hayan aun usado estos pabellones, les diré el modo de hacerlos.

(1) Deseosos de complacer á nuestras bellas suscriptoras que nos han rogado en determinadas ocasiones, publicásemos algun artículo de modas, damos hoy cabida en nuestras columnas á una carta escrita desde París por nuestra apreciable amiga y colaboradora Doña Maria del Pilar Sinués de Marco.

Se compran anillitas de alambre y se cosen cuatro ó cinco en todos los paños del vestido; por cada fila de éstas se pasan unos cordones que venden á propósito, se hace un ojal en ambos lados de la cintura del traje y se pasa por cada uno la mitad de los cordones; al salir á la calle, se tira los cordones y la falda sube á voluntad: estos dos cuerpos de cordones se atan en la cintura, y se sueltan al entrar en la iglesia, en una visita ó en casa, cayendo la falda en todo su largo.

Podeis creerme, lectoras mías, porque yo he adoptado tambien esa útil costumbre: llevando una falda bonita, y la falda superior recogida con igualdad, está una señora verdaderamente elegante, quizá mas que arrastrando una rica cola de seda, llena de polvo de las que os aseguro—para que no desconfieis demi consejo—que soy muy partidaria: pero ¿no es mejor adoptar el medio que reúne el aseo y la elegancia? no es cortar nuestro ampuloso traje lo que os recomiendo, sino recogerlo, siendo otra de las ventajas de esta medida, la de eludir las inevitables pisadas de las personas que caminan detrás.

Aquí se usa mucho el sombrerito redondo, y no os podeis imaginar cosa mas deliciosamente coqueta que una jóven con una falda recogida sobre una enagua de mil rayas, un pequeño paletot y un sombrerito batelera ó ruso, guarnecido de plumas: la velocidad de la carrera—porque aquí todos van de prisa—descubre á veces un piececito calzado con botas adornadas de borlas, con alto y estrecho tacón y punta de cherol despuñeada de blanco, azul ó rojo (1).

Aun os escribiré otra revista desde París, lectoras mías, y hasta entonces, se despide cariñosamente de vosotras,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

MADRIGAL.

Le dijo el corazón á la cabeza
Al mirarse cautivo en la belleza
Y en el supremo encanto de Belisa:
Acúdeme, razón, discurre aprisa;
Viste la fuerte malla, y en mi ayuda
Engendra el desengaño, arma la duda,
Por que muera en el alma
Esta pasión que me robó la calma.
—Y dijo la razón: Calla y adora:
Yo quisiera en tu sitio hallarme ahora
Sin abdicar la luz que en mi destella,
Para pensar y palpar por ella.

P. GARCIA CADENA.

Á UNA ROSA BLANCA.

Tú, que abristes al murmullo
De la fuente cristalina,
Tú, que mostrando tu orgullo,
Alzas tu frente divina
Rompiendo el lindo capullo,

Tú, que vertiendo tu esencia
Tan pura cual la muger
Que te cortó en su inclemencia
Vienes hoy á mi poder
Prendada de tu inocencia,

¿Pretendes tú, pobre flor,
Que en mis locuras consume
La muerte de tu candor?
¡Ay! que no envuelva el dolor
Los restos de tu perfume.

La muger que te arrancó
Del tallo que te mecía
Quizás la envidia sintió,
Pero al cortarte olvidó
Que ella cual tú vive un día.

(1) Hemos suprimido en este lugar algunas líneas dirigidas por la autora á las suscriptoras de *El Angel del Hogar* en cuyo acreditado periódico ha visto la luz el presente artículo.

Vuelve otra vez hácia ella
Y acaso encuentres la calma
Que lloras en tu querella,
Pues es la gloria del alma
El suspirar de una bella.

Si blanca, pura, inocente
Pintamos á la paloma
De amor imagen riente
¡Que he de decir de tu frente
Que baña un cáliz de aroma!

A su pecho virginal
Vuelve otra vez, linda rosa,
Y su frente angelical
Cubra la sombra glacial
De tu palidez hermosa.

Mas ¡ay! es tarde entre el cieno
Perdiste ya tu pureza;
Vuelve de tu dueño al seno
Y dile que tu belleza
Mató de un alma el veneno.

Ella cual tú blanca y pura
Busque de amor la diadema
En almas de mas ventura;
No llegue á la llama impura
Que cuanto toca lo quema.

Pero si loca no advierte
Que mata su pensamiento
Si en mi corazón lo vierte
Le dices ¡ay! que mi aliento
Lleva en sus alas la muerte.

Que si el llanto no limita
Hijo infeliz del pesar
Que tras el gozo se agita,
Puede tu frente mirar
Ajada, seca, marchita.

Vuelve, y dile á esa muger
Que con negra ingratitud
Te ha mandado á mi poder,
Que no desprecie su ayer
Si ha de vivir su virtud.

A. ALCALDE VALLADARES.

EL CIEGO DE LOS VALLES.

NOVELA ORIGINAL

por

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

(Continuacion.)

Roman, que lo habia hecho en cierta ocasion, no podia explicarse cómo tantas personas y tantos bultos iban á caber en un espacio tan reducido.

Aquello no era mas que una especie de cueva, que apenas tendria de cinco á seis piés en cuadro.

—Ven, Roman, ven y tráeme la piqueta, gritó desde adentro el tío Geromo.

El hijo de Marta hizo lo que se le mandaba, penetró en el agujero y entregó la piqueta al licenciado.

—Alumbra, volvió á decir éste dándole la tea.

Y acto continuo se inclinó hácia el suelo, metió un extremo de la piqueta dentro de una argolla de hierro que acababa de enderezar, y dando con el único brazo que tenia sano un vigoroso empuje, logró alzar una losa cuadrada que al desviarse dejó entrever la entrada de otra cueva enteramente desconocida para nuestro jóven. Desde la emboadura donde encajaba la losa velase el arranque de unos cuantos escalones que todos aquellos hombres comenzaron á bajar precedidos por el viejo. Roman los siguió sin hablar palabra, y se halló en una espaciosa y lóbrega caverna donde nada de particular encontró, como no fuesen los rastros de algunos asquerosos reptiles que, al sentir ruido y ver luz, se apresuraban á penetrar en sus madrigueras.

El tío Geromo se dirigió á uno de los ángulos del subterráneo y abrió una puerta tosca, pero muy maciza, tras de la cual se descubria una especie de nicho de grandes dimensiones, abierto á pico en la roca. Las paredes de este último departamento habian recibido un baño de cal y estaban por lo tanto preservadas de la humedad, sin que en modo alguno pudieran temerse las filtraciones.

—Vamos, muchachos, gritó el tío Geromo; colocad ahí dentro vuestros fardos y hasta el sábado que viene. Digo esto con tanto con que ninguno de vosotros querrá quedarse á dormir por aquí abajo.

—No, no, respondieron todos á la vez.

—Valientes brutos sois, dijo el licenciado sonriéndose y enseñando unos cuantos dientes tan negros como el tabaco que fumaba. Preferireis andar á salto de mata durante una noche como ésta, antes que quedaros en este salón donde os harian compañía los lagartos y las culebras. ¡Cuando digo que sois unos avestruces!

La voz cascada y chillona del tío Geromo resonaba de una manera sorda y desapacible dentro de aquel antro. La atmósfera, sobrecargada y densa, era de todo punto inaguantable. Los hombres aquellos, que no estaban para bromas, fueron por lo tanto desfilando uno á uno por delante del viejo y se apresuraron á subir los seis ú ocho escalones, sin proferir una sola palabra.

El tío Geromo se encargó de cerrar la puerta del escondrijo en donde acababan de ser depositados los bultos, y subió en pos de todos encargándose de colocar la losa en su sitio.

Roman estaba ya en el primer departamento de la cabaña y miraba con cierta prevención todos aquellos trabajos.

Los diez ó doce hombres hicieron circular nuevamente la bota que en este segundo avance quedó completamente vacía. Despues de echar su último trago dieron las buenas noches y se retiraron. El tío Geromo cerró la puerta de la cabaña dirigiéndose luego al sitio en donde estaba Roman.

—Y bien, ¿que te parece de todo lo que has visto? le preguntó.

—¿Es esta, por ventura, dijo el interpelado, la fortuna y el porvenir que V. me prepara?

—¿Y por qué no? ¿sabes tú de lo que se trata?

—Segun veo, se trata de la introduccion de géneros de ilícito comercio, de eludir la ley; de robar al Estado; ¿lo he comprendido?

—Eso, chiquillo, se llama un contrabando, se llama el principio de un buen negocio, de un alijo, ¿entiendes? lo demás son aprensiones tuyas y escrúpulos de monja.

—Pero ¿quiere V. que yo emprenda esa vida y cargue con un fardo de esos para hacerme rico y merecer el amor de Celsa?

—En el mundo, hijo mio, no hay atajo sin trabajo; pero para que veas que mi cariño hácia tí es mas grande de lo que merece tu poca confianza, te diré que no me propongo cargarte de la manera que han venido esas pobres acémilas de dos piés. Tú y yo, comerciaremos mas en grande, ¿comprendes? yo soy viejo y no valgo dos cuartos, y tú eres un señorito de aldea que vale mucho menos. Conque ánimo, y prepárate á emprender muy pronto tu viaje á Francia. Allí verás lo que es bueno.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado:

LUIS FABRA Y CAVERO.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.

VIAJE POR EL PAIS DEL AMOR.



—Es usted muy bonita.
—Es favor.—Es justicia, señorita.



Devorador volcan mi pecho abrasa.
Dígame usted las señas de su casa.



Mi amor en esta carta se revela.
La acabo de copiar de una novela.



¡Contestacion! me adora, de seguro.
Ya soy feliz; voy á fumarne un puro.

(Se continuará.)